

TÍTULO: Cartas que nunca envió

PSEUDÓNIMO: MM

Yo entro en prisión, no sé qué me espera, mi mente está en el aire, y, cuando me asignan una celda definitiva, tomo conciencia de dónde estoy. Me invade la tristeza, y hasta el tercer día no soy capaz de escribir unas letras. La primera carta, la he podido escribir al cuarto día, no sabía por qué lo hacía.

Quizás para no olvidar como sonaban todo los ruidos de un día común en casa, como cuando preguntaba que querían para almorzar o cenar, a dónde iríamos a pasear. Quizás en silencio de la celda me resultaba más pesado que cualquier culpa.

Mi carta empezaba así: “hola, mis niños. Hoy hace calor aquí dentro. Pero hoy hace frío... Arrugué el papel. Demasiado absurdo. Demasiado poco. La quinta carta fue distinta. “Perdón”, solo pude poner eso. Una palabra que no cabría en ningún sobre.

A partir de ahí empecé a escribir cada semana. Los lunes por la noche, cuando el ruido de la galería bajaba y las otras mujeres dejaban de hablar o de llorar, sacaba la libreta escondido entre la ropa y, apoyada en mis rodillas, escribía como si al otro lado alguien estuviera esperando.

Los primeros meses, yo imaginaba que al salir de aquí me entregarían todas las cartas juntas, amarradas con una cuerda fina, como si fueran un paquete importante, y que ellos lo leerían despacio, quizás enfadados al principio, tal vez, llorando después, pero lo entenderían, eso siempre pensé yo. Hasta que un día, en una llamada, escuché la voz de mi hijo mayor, más grave. Mas lejos.

—Estoy bien— dijo él, y no hubo nada más, ni preguntó, ni me hizo ningún reproche, un un “Te echo de menos”. Ese día, colgue el teléfono, aun caliente en mi mano, y esa noche no escribí ni la siguiente tampoco y, cuando volví a hacerlo, cambió algo.

Empecé a escribirles como si ya no fuera parte de sus vida, como si estuviera recordando a dos niños que ya son hombre y mujer, como si la palabra “Mamá” perteneciera a otra mujer. Dentro de mi tristeza, pensaba cuando a uno lo enseñaba a montar en bicicleta y solo se caía y no quería que lo ayudáramos a levantarse. “A tu hermana solo le gustaba las historias de Caperucita roja. ¿Te acuerdas? Siempre me pedía que le dejara la luz encendida. No sé si todavía os gusta el arroz con tomate como lo hacía yo”.

Pasaron los años... Las cartas se acumularon en silencio, dobladas con cuidado, escondidas siempre en el mismo sitio, nunca pedí un sobre, nunca pregunté por sellos. Algunas veces las releía, otras no podía. Había días en las que me odiaba por no enviarlas. Pensaba que era cobardía. Que era otra forma de

abandono. Pero luego imaginaba sus caras al recibirlas. Imaginaba la vergüenza, la decepción, el peso de tener que responder. Y volvía a guardarlas porque si no las enviaba, aún podía fingir que existía una versión de mí que no les había fallado del todo.

El día de mi libertad no lloré. Recogí mis pocas cosas en una bolsa prestada y me despedí con la cabeza sin abrazos. El mundo exterior me estaba esperando como un lugar que ya no me pertenecía. Antes de cruzar la última puerta, una funcionaria me llamó: “¡Espera!” Se acercó con un gesto cansado, como si yo supiera que había olvidado algo. La mujer tenía una caja pequeña. La funcionaria dijo:

Esto es tuyo;

Yo le respondí.

—No... —empecé a decir—. Yo no traje...

—Lo sé— La funcionaria me miro unos segundos, midiendo sus palabras.

—Pensé que deberías llevarte esto. La caja pesaba más de lo que parecía. La abrí con cuidado como si dentro hubiera algo frágil. Y lo había. Eran mis cartas, que con tanto amor y tanto temor había escrito. Decenas de ellas. Tal vez cientos. Todas dobladas y ordenadas por fechas. Son tuyas, decía la funcionaria.

—¿Que...? —Mi voz se rompió— ¿Como...?”

—Las encontramos cuando hacíamos revisión... —dijo la funcionaria —Algunas se caían, otras estaban mal escondidas... —Hizo una pausa—. Nunca dijiste nada. Clara que lo eran, —nadie las leyó, añadí— solo las guardé.

De repente, aquellas paredes que tanto había odiado parecían haber sido testigos de algo que yo misma, no había permitido reconocer. Pero por dentro algo se movió y recogí todos.

Cuando terminó, el sol ya se había ocultado. Cerré la casa con cuidado. Por primera vez en mucho tiempo, sentí algo distinto a la culpa. No era alivio. Tampoco esperanza, era algo más pequeño, pero más firme.

No se qué pasará después

Si habria respuesta

Si habria silencio

Si habria un lugar para mí en sus vidas. Pero por primera vez no escribí para recordar, escribí para estar, y eso, aunque llegara tarde, lo cambiaba todo.